

Iglesia: «No hay que desesperar de la salvacion de nadie que ántes de Cristo haya vivido bien y con pureza. Y son de tener en cuenta la abstinencia, la continencia, las virtudes que han distinguido á los filósofos antiguos..... No hay, pues, razon que nos induzca á dudar de la salvacion de aquellos gentiles que, ántes de la venida del Salvador, han practicado, naturalmente y sin ley escrita, como dice el Apóstol, lo que previene la ley.» (1). Admitir la salvacion de los filósofos que no han conocido á Cristo, es creer que el hombre puede salvarse sin ser cristiano, es decir, que la verdad puede existir fuera del cristianismo; es hacer de la revelacion cristiana un accidente, un momento en el desarrollo de la humanidad, es negar en definitiva la Encarnacion y la Redencion. Abelardo no pensaba ir tan léjos, pero tenía un adversario formidable que instintivamente veía el resultado final á que venía á parar su filosofía: «Las simpatías de Abelardo por los paganos revelan sus tendencias, dice San Bernardo: el empeño que pone en presentar á Platon como cristiano, prueba que él es pagano» (2).

San Bernardo desempeña un papel odioso en sus debates con Abelardo. Hasta los escritores católicos confiesan que todas las acusaciones que dirige á su adversario eran falsas (3). Los filósofos van más allá: le echan en cara una violencia apasionada y un arte profundo, un odio ciego y una pérfida habilidad (4). Prescindamos de estas tristes contiendas de personas para apreciar las doctrinas. San Bernardo ha exagerado los errores de Abelardo, trasformándolos en herejías; pero bajo el punto de vista de la ortodoxia, debia reprobar el racionalismo del filósofo. En fuerza de querer dar razon de todas las cosas, aún de aquellas que son superiores á la razon, Abelardo venía á parar á no creer más que lo que la razon puede demostrar (5). San Bernardo no se engañaba al denunciarle como inventor de una religion nueva, de un nuevo

(1) ABELARDI *Theol.* (*ib.*, p. 1203-1205), traduccion de REMUSAT.

(2) BERNARDI *Epist. ad Innocent.* (*Obras de ABELARDO*, p. 284.)

(3) REMUSAT, *Abelardo*, t. I, p. 218; t. II, p. 350.

(4) REMUSAT, t. I, p. 228.

(5) S. BERNARDI *Epist. ad Pap. Innocent.* (*Obras de ABELARDO*, p. 277. 271).

Evangelio (1); porque habia entre las creencias del santo y las del filósofo una diferencia tan grande como la que separa al estrecho catolicismo de la Edad Media de las aspiraciones de la filosofía moderna. En el fondo existia la lucha entre la religion cristiana y la filosofía, y no se ha de pedir ciertamente á un Padre de la Iglesia que abandone la fe divina y abraza el partido de la sabiduría humana. Pero, bajo el punto de vista del porvenir, las cosas toman un aspecto muy diferente. No es tal ó cual error de un filósofo lo que han condenado San Bernardo y los concilios, sino la razon misma: «El espíritu humano lo usurpa todo, exclama el abad de Claraval; no deja nada á la fe» (2). Ahora bien, el que rechaza la razon en virtud de la fe, pronuncia la sentencia de condenacion de su fe. La religion, en nombre de la cual rechazaba San Bernardo el nuevo Evangelio de Abelardo, era esa ortodoxia rencorosa que, bajo el nombre soberbio de religion universal, condena al fuego del infierno á la inmensa mayoría de los hombres. La religion de Abelardo saluda el bien y la belleza do quiera que los ve; no condena á nadie, porque se resistió á creer que Dios haya creado á los hombres para entregarlos á la muerte eterna. Es la religion verdaderamente universal, porque acepta todas las manifestaciones del sentimiento religioso como aspiraciones divinas. La religion de Abelardo es la religion del porvenir.

#### § IV.—Los Nominalistas y los Realistas.

Sabido es que hay dos corrientes de ideas en la filosofía de la Edad Media, el nominalismo y el realismo: «El nombre de realistas, dice un historiador de la escolástica, ha sido dado desde el siglo XII á los filósofos que, viendo en la unidad suprema el origen sustancial, el supuesto, el sujeto de todos los números subalternos, parecian dar realidad á una pura abstraccion. Llamaban nominalistas á los filósofos que, sin negar las relaciones, las seme-

(1) S. BERNARDI *Epist. ad Innocent.* (*Obras de ABELARDO*, p. 273.)

(2) S. BERNARDI *Epist.* 188 *ad Cardinales.*



fanjas naturales de las cosas numerables, negaban, sin embargo, que hubiese entre ellas identidad de sustancia, y parecían reducir de este modo á nombres todo lo que se dice en general de las cosas (1). El nominalismo hace su aparición en el mundo filosófico, al mismo tiempo que el feudalismo en el mundo social; el individualismo que domina en el régimen feudal, reina también en el nominalismo; éste conduce lógicamente al aislamiento, de la misma manera que el feudalismo. El realismo, por el contrario, está en armonía con el genio católico, genio de la unidad, de la universalidad, pero que amenaza con absorber todo lo individual; los realistas consecuentes atribuyen la esencia de las cosas á los universales y reducen el individuo á un simple accidente. No puede decirse que todos los teólogos y filósofos hayan enarbolado una ú otra de estas dos banderas; pero sus tendencias se encuentran en todos. Pues bien, el nominalismo y el realismo son igualmente hostiles á la doctrina cristiana; prueba evidente de que la filosofía, por el solo hecho de ser filosofía, es inconciliable con el cristianismo.

El primer filósofo que profesó el nominalismo, *Roscelin*, aplicó su doctrina á la explicación de la Trinidad, pero, al querer explicarla, la desnaturalizó: «O las tres personas de Dios, dice, existen cada cual individualmente y por separado, sin tener entre sí más que la identidad de voluntad y de poder, ó las tres personas no hacen más que un solo Dios, y en este caso Dios existe sin distinción de personas, y obra con plenitud cuando obra, de manera que habría que decir que el Padre y el Espíritu Santo han debido encarnarse, cuando se ha encarnado el Hijo. Ahora bien, esta última hipótesis es absurda: luego hay que adoptar la primera y admitir que las tres personas son tres seres distintos, y por decirlo así, tres dioses» (2). La causa del error de *Roscelin* está en el nominalismo; este error es como la expresión teológica de aquella doctrina. El principio fundamental de los nominalistas es que no existe nada que no sea individual, es decir, uno; de aquí se sigue que no puede haber más que un Dios, sin distinción de

(1) HAURÉAU, *De la filosofía escolástica*, t. I, p. 40.  
 (2) COUSIN, *Abelardo*, Introducción, p. 95.

personas, ó que las tres personas constituyen tres dioses. La Iglesia advirtió el peligro; *Roscelin* fué condenado en el concilio de Compiègne (1092). Uno de los grandes pensadores de la Edad Media nos dará á conocer la gravedad del debate. San Anselmo acusa á *Roscelin* de que enseña el triteísmo; en efecto, si las tres personas divinas no forman una unidad, hay tres dioses, lo cual es la negación del cristianismo (1). Las acusaciones de Anselmo recaían sobre el nominalismo: «El pensamiento de los nominalistas, dice, se halla tan envuelto en imaginaciones corporales, que no puede distinguir los objetos que sólo la inteligencia percibe. Ahora bien, no reconociendo más realidades que las que caen bajo los sentidos, y no admitiendo como existente más que lo individual, ¿cómo es posible comprender que las tres personas de la Trinidad, cada una de las cuales es Dios, no constituyen más que una sola y misma divinidad? ¿Cómo comprender que el Verbo se ha hecho hombre sin ser persona humana?» (2). De manera que la Encarnación desaparecía juntamente con la Trinidad: como dice enérgicamente un doctor escolástico, el nominalismo reducía á cenizas los huesos de Cristo (3).

San Anselmo tenía razón en sus ataques contra el nominalismo. Leibnitz dice que la secta de los nominalistas estaba más conforme con la filosofía de su tiempo. Ahora bien, ¿cuál es el espíritu que caracteriza á la filosofía moderna? Basta citar los nombres de Bacon y de Locke, designados como nominalistas, para conocer las tendencias anticristianas del nominalismo; en sus últimas consecuencias viene á parar al materialismo y á la incredulidad, como se ve en Hobbes y Hume, que son también nominalistas.

Tenemos, pues, una de las escuelas de la escolástica condenada como hostil al cristianismo. Podría esperarse que la doctrina del adversario del nominalismo estaría en armonía con la ortodoxia católica, y así era en apariencia, puesto que Anselmo, el realista, fué colocado entre los santos. Pero la Iglesia, al proteger al realismo, no sospechaba que alimentaba un enemigo tan

(1) ANSELMUS, *De fide Trinitatis*, c. 3, p. 43.

(2) IBID., c. 2, p. 42.

(3) HILDEBERTO DE LAVARDIN, en HAURÉAU, t. I, p. 221.



peligroso como el nominalismo. El realismo absoluto conduce al panteísmo, es decir, á la negacion más radical de la religion cristiana. Ya en la Edad Media se ha echado de ver la identidad del realismo y de los errores panteísticos (1); los escritores modernos lo han probado con toda evidencia (2). De aquí resulta que ha habido pensadores cristianos, santos, que han profesado la doctrina de Espinosa; San Anselmo y Santo Tomás son panteístas lo mismo que Guillermo de Champeaux, obispo de Chalons, y los franciscanos Alejandro de Hales y Escoto (3). Esto parece una paradoja y casi una calumnia; sin embargo, es cierto, al ménos en el sentido de que su filosofía es, como dice *Bayle*, un *espinosismo no desarrollado*.

Es inútil decir que los filósofos que profesaban el realismo no echaban de ver las consecuencias de su sistema filosófico; se creían completamente ortodoxos. Pero la buena fe de los pensadores no evita el peligro de sus doctrinas; más bien lo aumenta. La Iglesia condenó á Abelardo, á pesar de su buena fe; tuvo también que condenar el realismo. Los errores que contiene se desarrollaron fatalmente, como la semilla depositada en tierra produce la planta que contiene en esencia. A principios del siglo XIII los clérigos que salían de las escuelas de París, enseñaban el panteísmo en todo su rigor. *Amaury de Bene* y sus discípulos profesaban la doctrina de que todo es uno, que todo lo que es, es Dios; que Dios es la esencia de todas las criaturas, y que todas las criaturas vuelven á Dios. Aquellos pensadores temerarios fueron entregados á las llamas como herejes; se llegó hasta exhumar los huesos de *Amaury* como indignos de descansar en tierra bendita (4). Sin embargo, según el testimonio de un fraile, que aplaudió su suplicio, los culpables eran personas de costumbres graves y puras (5). No se buscaba, pues el castigar á los hom-

(1) ROUSSELOT, *Estudios sobre la filosofía en la Edad Media*, t. III, p. 325-328.

(2) HAURÉAU, *De la filosofía escolástica*, t. I, p. 41, 426-430; t. II, p. 500-502.

(3) HAURÉAU, *ib.*, t. I, p. 204, 334, 233; t. II, p. 351-353; t. I, p. 426-430.—ROUSSELOT, t. III, p. 21-27.

(4) MANSI, t. XXII, p. 801 y sig.—HAURÉAU, t. I, p. 403 y sig.

(5) ROBERTI *Monachi Chronologia*, ad a. 1210.

bres, sino á las herejías filosóficas; éstas parecieron tan funestas, que el concilio general de Letran, en 1215, se creyó en el caso de renovar su condenacion en los términos más violentos; declaró que el padre de la mentira habia cegado en tales términos el espíritu de *Amaury*, que su doctrina era más bien insensata que herética (1).

La condenacion de los panteístas del siglo XIII ofrece más de una enseñanza. Hoy, que la libertad de pensar está inscrita en nuestras constituciones, la Iglesia se ve obligada á transigir con los libres pensadores; hasta pretenden sus defensores que nunca ha perseguido la libertad de pensar. El sangriento castigo de los panteístas es una respuesta á estos sofismas: « Sus errores, dice *Daunou*, no eran más que sueños; el error más irreligioso consiste en creer que se sirve á Dios y á la verdad inmolando á los que tienen la desgracia de conocerlos mal » (2). El panteísmo condenado en el siglo XIII no era otra cosa que el realismo llevado á sus últimas consecuencias. Tenemos, pues, los dos grandes sistemas filosóficos que dominaban los espíritus en la Edad Media, el nominalismo y el realismo, sucesivamente reprobados por la Iglesia. ¿Se dirá todavía despues de esto que el catolicismo es compatible con la filosofía? Vamos á ver cuál era la libertad que dejaba la Iglesia á los filósofos. A mediados del siglo XIII un legado del papa prohibió á los dialécticos ocuparse de teología y á los teólogos ocuparse de cuestiones filosóficas, en atencion á que la confusion de la filosofía y de la teología producía cada dia nuevos errores (3). Un concilio renovó la prohibicion: las cuestiones puramente teológicas fueron excluidas de la enseñanza filosófica: en cuanto á las cuestiones de filosofía que se rozaban con la teología, era preciso resolverlas en sentido ortodoxo; no era permitido ni leer pasajes ni citar autoridades contrarias á la fe (4). ¡Tal era la condicion á que queria la Iglesia reducir á la filosofía! En el siglo XIII creyó sin duda haber vencido á la libertad de pensamien-

(1) *Concil. Lateran.*, a. 1215, c. 2 (MANSI, t. XXII, p. 986.)

(2) DAUNOU, en la *Historia literaria de la Francia*, t. XVI, p. 590.

(3) D'ARGENTRÉ, *Collectio judiciorum*, t. I, p. 158.

(4) D'ARGENTRÉ, I, 173.—BULÆUS, *Historia Universitatis Parisiensis*, t. III, p. 398.



to; no sospechaba que, al hacer patente la incompatibilidad de la filosofía y el dogma, comprometía el dogma y no la filosofía. Es verdad que por el momento quedaba triunfante, pero todo lo que ganó fué que los filósofos recurrieran á un sistema de hipocresía y de restricciones mentales para eludir las trabas del dogma y las persecuciones de la Iglesia.

Los nominalistas, los primeros enemigos de Cristo, aceptaron la situación que les imponía la Iglesia, declararon que la razón era impotente para comprender los misterios de la teología; prescindieron de las cuestiones de la fe por no ser de la competencia de la filosofía (1). Esto era proclamar la separación de la filosofía y de la teología, de la razón y de la fe. Pero ¿quién iba á sacar ventaja del divorcio? ¿La filosofía la Iglesia que la humanidad iba á cambiar la libertad de penencias las cadenas de la ortodoxia? Grande hubiera sido su error. Pero nominalistas prosiguieron su camino; para ponerse á salvo de las tramas; medían que había dos órdenes de verdades, las verdades naturales y las verdades reveladas, y que los filósofos no tenían obligación de deducir las mismas consecuencias que los teólogos (2). Esto era hacer la guerra al dogma aparentando respeto y sumisión á la fe. La apariencia ha engañado á un sabio historiador de la filosofía. Ritter no admite que los nominalistas del siglo XIV hayan sido los precursores de los libres pensadores (3). Los contemporáneos tenían un instinto más verdadero de la misión de los filósofos, y los llamaban *novadores* (4). Lo que sucedió en el siglo XV prueba que la acusación era fundada. Pedro de Ailly se queja de que la teología estaba abandonada, de que los teólogos no se ocupaban más que de estudios seculares (5). Y ¿cuál era el sistema que dominaba en las escuelas de filosofía? Se desdeñaba la autoridad de la tradición, y se prefería la razón á la Sagrada Escritura (6); era el racionalismo en toda su extensión.

(1) HAURÉAU, *De la filosofía escolástica*, t. II, p. 487.

(2) ROBERTO HOLKOT, en HAURÉAU, t. II, p. 479.

(3) RITTER, *Geschichte der christlichen Philosophie*, t. III, p. 160.

(4) LEIS XI, en el edicto de 1473 dado contra los nominalistas, los llama *doctores renovadores*.

(5) D'AILLY, en LAUNOI, *De varia Aristotelis fortuna*, c. 6.

(6) CLEMANGIS, *ib.*, c. 6: «Nunc autem plerisque videmus scholasticos sacra-

Esta coexistencia, medio hipócrita, medio sincera de la religión y de la filosofía, continuó durante siglos. Si al principio podía haber sinceridad en la transacción entre la razón y la fe, es imposible que después de una experiencia secular pudiesen tener el libre pensamiento y la teología en tan pacífica neutralidad. La filosofía ha dado á la fe golpes demasiado rudos para que ésta no vea en aquélla un enemigo declarado ó encubierto. Cuando la teología dominaba, enviaba á la hoguera á los libres pensadores; los filósofos no lo olvidarán. ¿Por qué, pues, conservar en el siglo XIX una tregua en la cual no puede continuar de buena fe ninguna de las dos partes? Sin embargo, una escuela filosófica que domina en un país ilustrado por los libres pensadores, ha vuelto á hacer de la distinción entre la fe y la ciencia una bandera, á cuya sombra la razón y la religión pueden vivir en buena inteligencia. Esta buena inteligencia permite ciertamente á los filósofos llevar cirios en las procesiones, descubrirse ante el Santísimo Sacramento y escribir grandes frases en honor del cristianismo; pero no engaña á nadie. Rebaja á la razón, no dejándole más que una libertad á medias; conduce á la filosofía del miedo, y el miedo de los filósofos da fuerzas á la Iglesia, enemigo eterno del libre pensamiento. No nos forjemos por nuestras manos las cadenas; aceptemos más bien la lucha franca y declarada. Sin dejar de confesar que la fe y la razón tienen campos diferentes, reconozcamos con Leibnitz que no hay más que una verdad, que no puede haber una verdad de fe diferente de una verdad filosófica. Hay, pues, necesariamente oposición entre una religión que pretende dominar á la razón y la filosofía. No tenemos que temer el resultado de la lucha: la victoria se decidirá por la razón, es decir, por la filosofía.

*rum inconcussa testimonia scripturarum tam tenuis estimare momenti, ut rationationem ab auctoritate ductam velut inertem et minime acutam, sibilo ac subannatione irrideant, quasi sint majores ponderis, quæ phantasia humane imaginationis adinvenit.»*